

Dada la importancia de la espiritualidad para el crecimiento humano, y teniendo en cuenta la responsabilidad de los católicos con este tema en la actual coyuntura que vive nuestra nación, hemos decidido dedicar nuevamente este espacio para discernir sobre la materia, pues en el número anterior ya habíamos dedicado dos importantes trabajos a esta cuestión. Ahora presentamos otras dos de las conferencias magistrales impartidas durante el X Seminario de Diálogo con Cuba, evento auspiciado por la Universidad Católica de Eichstätt (Alemania), y organizado por esta revista, el pasado mes de febrero.

¿Qué espiritualidad ofrece la Iglesia Católica?

Por P. ARIEL SUÁREZ JÁUREGUI

UNA PRIMERA APROXIMACIÓN A LA NOCIÓN DE ESPIRITUALIDAD

1.- El tema que me han propuesto los organizadores de este evento se me presenta vasto y complejo. Cuando se escucha la palabra **espiritualidad** en este mundo y en esta hora de la historia, es comprensible que las resonancias internas que la misma suscita en nosotros sean sumamente variadas. Muchas personas en su lenguaje ordinario nunca usan este vocablo; también es significativo el número de los que viven sin tomar conciencia de una dimensión espiritual de la vida humana, que implique exigencias y se traduzca en actitudes y comportamientos concretos. Desde posturas pseudocientíficas se ha postulado una explicación de la totalidad del hecho humano como resultado de determinismos biológicos o históricos. Si el hombre es concebido entonces como un puñado de células, tejidos, huesos, músculos y glándulas, o se le supone solo como una pieza en el engranaje ciego de la historia personal y comunitaria, tanto en un caso como en el otro, su funcionamiento se

asemejaría al de una máquina. Y las máquinas no tienen espíritu, se agotan en el mecanismo que las hace funcionar. Quizá ha sido el influjo de este abuso de la ciencia cuando ha intentado sobrepasar su propio campo investigativo, el que explique, en gran medida, el desinterés real y práctico por las cuestiones del espíritu en tantos de nuestros contemporáneos.

2.- Por otra parte, aquellos que eventualmente hablamos de espiritualidad, podemos dar la impresión de que no existe una espiritualidad sin más, esto es, una espiritualidad sin apellidos. Constató que casi todos con los que me relaciono hablamos comúnmente de espiritualidad sacerdotal o de la vida consagrada, espiritualidad laical, o benedictina, o franciscana, o carmelitana, o espiritualidad oriental.

3.- Casi me atrevería a decir que solo oigo hablar de espiritualidad sin especiales connotaciones, cuando en el ambiente cultivado de las grandes artes o de la intelectualidad se hace referencia a las expresiones del espíritu humano que se plasman y concretan en esas obras artísticas como pueden ser

una pintura, una partitura musical, una escultura, un poema, entre otros.

4.- Aceptar que hay una espiritualidad en el ser humano significa implícitamente la aceptación de una realidad en el hombre que trasciende la materia, la corporeidad, y que hemos concordado en llamar espíritu, el cual se deja conocer justamente en unas potencialidades típicas del hombre. En efecto, un análisis atento de la persona humana revela que, además de respirar, comer, reproducirse, moverse, el hombre puede pensar, amar, proyectar el futuro, corregir su propia vida, decidir entre opciones diversas, relacionarse con el Trascendente. Estas capacidades del ser humano, que lo hacen específicamente distinto del resto de los seres que pueblan este mundo, manifiestan una dimensión nueva de la vida humana, que por tener su fuente en el espíritu vamos a llamar dimensión espiritual. La espiritualidad podría ser, primeramente, el cultivo y el crecimiento de la dimensión espiritual del ser humano. Quisiera aclarar que esta dimensión no está separada de la corporeidad, pues ella se hace visible y se expresa a través

del cuerpo. Y al mismo tiempo, toda la corporeidad humana está imbuida de espiritualidad. En el hombre, pues, cuerpo y espíritu forman una unidad, que es lo que denominamos persona humana. La espiritualidad es entonces una característica de la totalidad de la persona.

5.- Una sana antropología puede reconocer, al mismo tiempo, que esa dimensión espiritual de la persona humana está en tensión permanente. Dicho con otras palabras, en razón del modo en que se asuma esa dimensión espiritual, el hombre puede comportarse y hacerse más o menos humano. Cuando se entrega a los demás con amor generoso, cuando ofrece su vida y su tiempo al servicio de otros, cuando construye algo bello para el disfrute de todos, cuando orienta la existencia hacia lo verdadero, lo bueno y lo hermoso, es ciertamente más humano. Pero no es menos cierto que también el hombre puede deshumanizarse, puede volverse contra sí mismo y contra sus semejantes. La opulencia de unos pocos y la miseria de muchos, la multitud de seres humanos que pasan hambre y sufren enfermedades que podrían curarse, el flagelo de la droga y del alcohol, el sexismo y la industria de la pornografía, el tráfico de armas, la marginación a mujeres y a inmigrantes, la discriminación racial y la xenofobia, las guerras ocasionadas por la codicia y el afán de las riquezas, la exclusión de posibilidades de crecimiento humano, de estudio y luego, de trabajo, para tantos niños y jóvenes, los desequilibrios climáticos provocados, el desprecio o desinterés por la vida naciente o vulnerable... son algunas manifestaciones palpables de un mundo inhumano, resultado del obrar del propio hombre.

6.- Habiendo analizado los datos del sentir común, podemos concluir que espiritualidad tiene que ver con la tensión del hombre hacia los valores más altos. De hecho, constatamos que en todas las culturas y en todas las religiones siempre se han encontrado y se encuentran personas para quienes la realidad más importante de la existencia no es la vida sostenida por el impulso vital y físico, sino una vida

de otro orden, superior por orientarse a una mayor humanización, dirigida a la consecución de unos valores de libertad interior, plenitud, pureza y autenticidad. Este es el campo de la espiritualidad humana.

PEQUEÑA INCURSIÓN EN LA NOCIÓN DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

7.- Si lo que completa el título de esta conferencia hace referencia a la Iglesia Católica, habrá que preguntarse entonces por la posibilidad de una espiritualidad cristiana, ya que la Iglesia Católica reconoce como fuente, norma y fin de todo su ser y quehacer a la persona de Jesucristo.

8.- Para los cristianos, Jesucristo es Verdadero Dios y Verdadero Hombre. Jesucristo nos ha revelado que Dios es un misterio de Comunión, de Amor, una Relación de Tres Personas distintas que constituyen una Única Divinidad. Siendo Dios, Jesucristo está en comunión perfecta con el Padre y el Espíritu Santo. El Padre lo ha enviado al mundo, nacido de María Virgen por obra del Espíritu. Siendo Hombre, Jesucristo se ha hecho solidario de cada ser humano, ha compartido nuestra suerte, nuestro vivir y morir, nuestras tristezas y alegrías, ha conocido nuestra apertura y nuestra cerrazón a sus propuestas, ha experimentado de cerca nuestra posibilidad -real y dramática- de deshumanizarnos, ha sufrido con nuestros males, nuestras dolencias, nuestro pecado. Con toda Su Vida, Su Predicación y Sus Gestos, con Su Muerte y Su Resurrección nos ha manifestado que Dios ama incondicional e intensamente a cada ser humano y que desea que todos vivamos felices, plenamente humanos y libres de maldad, como hermanos y hermanas unos de otros. Podemos sintetizar diciendo que Jesucristo ha venido a este mundo nuestro para que todo hombre o mujer puedan participar de una profunda comunión con Él, y por medio de Él, con la Santa Trinidad.

9.- Ampliando las premisas anteriores e intentando penetrar en el alcance ulterior de las mismas, podemos y debemos afirmar que Jesucristo ha traído, sobre todo, una Vida Nueva a los hombres. Esa Vida, divina, sobre-

natural, eterna, por ser la misma Vida de Dios, no sería posible en nosotros sin la acción, o mejor, sin la presencia en nosotros, del Espíritu Santo. Por eso, hablar de la Vida de Dios en nosotros es hablar del Espíritu de Dios en nosotros. Y cuando el Espíritu alienta en nosotros nuestro conocer, nuestro pensar, nuestro querer, en una palabra, nuestra existencia toda, para que sea como la de Jesucristo, y nosotros, libremente secundamos esas inspiraciones y poco a poco vamos conformando nuestra vida para que sea plenamente cristiana, entonces hablamos de vida espiritual, de espiritualidad cristiana.

10.- La espiritualidad cristiana tiene que ver, por tanto, con dos factores inseparables. El primero es la iniciativa de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo de comunicar Su propia Vida a cada hombre o mujer. El segundo, íntimamente unido al primero, es la respuesta humana, libre y consciente, de acoger esa Vida y hacerla fructificar con la ayuda del mismo Dios que mora en nosotros y nos alienta, sin quitarnos mínimamente la libertad para decidimos por Él o contra Él.

11.- Un número no despreciable de personas, incluso de no creyentes o no practicantes, logran reconocer y apreciar que la Iglesia tiene un papel único e insustituible como sostén espiritual de los pueblos. No es desacertada la intuición. Si la Iglesia comunica en Su Anuncio y en Sus Sacramentos a Jesucristo a los hombres, entonces es la Vida Nueva en el Espíritu lo que la Iglesia ofrece al mundo. En ese sentido hablamos de una espiritualidad de la Iglesia, que tiene relación con un estilo de Vida y un conjunto de Valores, seguramente no todos privativos de los cristianos, pero ciertamente impulsados y sembrados en este mundo por Jesucristo y sus mejores seguidores.

12.- Para hablar de espiritualidad ofrecida por la Iglesia, teóricamente bastaría abrir el Evangelio y subrayar las constantes que se derivan de la enseñanza y el actuar de Jesús. Sin embargo, cada época de la historia reclama unos acentos específicos en virtud de los desafíos, las problemáticas y las as-

BÚSQUEDA



piraciones de los hombres y mujeres de ese tiempo. Por eso, con un ojo puesto en el Evangelio y con el otro mirando al mundo de hoy es que intentaré, en lo que resta de mi disertación, esbozar las líneas esenciales que considero no deben faltar en la propuesta de espiritualidad que la Iglesia actual hace para los contemporáneos nuestros.

RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD DE LA IGLESIA PARA EL MUNDO DE HOY

Espiritualidad de la comunión

13.- Si el ser mismo de Dios Trinidad es la Comunión, es fácil comprender que la comunión es el primer rasgo que la Iglesia debe testimoniar y ofrecer a los hombres. No hay que olvidar que incluso desde el punto de vista histórico, la Iglesia se presentó ante el mundo como el primer espacio de todos y para acoger a todos. Nunca antes ni después de la aparición de la Iglesia Católica y, concretamente, de la celebración de la Eucaristía, ha existido un ámbito vital que convoque y congregue a niños, mujeres, hombres, ancianos, de todas las culturas, pueblos, razas y lenguas. Es palpable en nuestras plegarias eucarísticas la invocación al Espíritu Santo para suplicar el don de la unidad de la Iglesia. En efecto, el Concilio Vaticano II expresó la autoconciencia eclesial en estos términos: “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano”. (*Lumen Gentium*, 1)

14.- En nuestro mundo, tan lacera- do por guerras, enemistades y odios, los

cristianos deberíamos ser más incisivos en mostrar que por encima de barreras artificiales, raciales o ideológicas, todo hombre o mujer es hijo de Dios, redimido por Jesucristo, llamado a la Vida en el Espíritu, y por tanto, todos formamos una gran familia. Con incisivo ardor nos escribió al respecto el papa Juan Pablo II en su carta testamento para el Nuevo Milenio: “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo”. (*Novo Millennio Ineunte*, 43)

15.- El Pontífice precedente no se detuvo en una exhortación general, sino que alargó su discurso hasta sorprendentes concreciones que tienen que ver precisamente con la vida espiritual. Es tan hermosa e iluminadora su reflexión que me permito citarla entera: “Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y,

por tanto, como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un don para mí, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber dar espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf Gál 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”. (NMI, 43)

Espiritualidad del Dios con nosotros y para nosotros

16.- Nuestro mundo occidental de hoy recibió de la Modernidad y del Iluminismo, entre otras herencias, la separación entre Fe y Razón. Eso se puede verificar en los divorcios que se han vivido entre Fe y Política, Fe y Moralidad, Fe y Ciencia. Si separación significa delimitación de campos y reconocimiento de la justa autonomía de las realidades temporales y de sus leyes específicas, eso es positivo y hasta loable. Pero esa separación lamentablemente se ha traducido en indiferencia, enemistad, hostilidad por parte de una concepción de la racionalidad hacia el ámbito de la fe y de lo religioso en general. Una Política que no toma en cuenta la dignidad del ser humano, imagen y semejanza de Dios, condujo a los grandes totalitarismos del siglo XX y sigue sembrando sufrimientos en muchísimos seres humanos de nuestro planeta. Una Moralidad que al desconocer los últimos fundamentos de qué es lo bueno o lo malo, termina por aceptar cualquier cosa y desconocer la diferencia. Una Ciencia de espaldas a Dios construye armas nucleares, bombas atómicas, deteriora el equilibrio

BÚSQUEDA

del planeta, manipula la vida humana en el laboratorio como un conejillo de Indias, en vez de aplicarse a encontrar soluciones a muchos de los males que aquejan a la humanidad. Lo más triste es que todos estos procesos se han llevado a cabo en nombre de la libertad humana, pues se ha repetido hasta la saciedad que Dios, con sus normas y mandamientos, no nos dejaba desarrollarnos libre y plenamente. Aunque a muchos no les conviene reconocerlo, el único y gran perdedor de todo esto ha sido el propio ser humano. De hecho constatamos al final que muchos hombres y mujeres de hoy están más desorientados que nunca, son menos libres, y más esclavos de los bajos instintos, adorando nuevos dioses fabricados por los más astutos y, tantas veces, más pérfidos.

17.- La Iglesia ha de mostrar al mundo contemporáneo, sobre todo con la vivencia de los cristianos, que Dios tiene que ver con nosotros, con nuestra vida, con la vida cotidiana de las personas singulares y también con la vida comunitaria, de las familias, de las sociedades, de los pueblos. Y que esa presencia de Dios cuando es acogida con autenticidad siempre es benéfica, positiva, catalizadora de lo mejor de lo humano. Así lo han evidenciado los santos, llenando de amor y de bondad su paso por esta tierra, prodigando misericordia y ternura a millones de huérfanos, niños y jóvenes, enfermos, ancianos, desamparados, excluidos sociales, encarcelados y pobres.

18.- La Iglesia ha de destacar también la profunda armonía e imprescindible colaboración que debería existir entre la Fe y la Razón. Una Fe sin Razón degenera en emotividad pasajera o fanatismo religioso. Una Razón sin Fe pierde el horizonte amplio que hace hermosa y resplandeciente a la Verdad. Postular pues, la amistad sincera entre Fe y Razón, supone al mismo tiempo la convicción profunda de que el Dios revelado por Jesucristo no es enemigo de la libertad del hombre, sino justamente el garante de esa libertad, el pleno liberador del corazón humano. Benedicto XVI, dolido por la desidia espiritual de tantos que en el Occidente se avergüenzan de sus raíces cristianas,

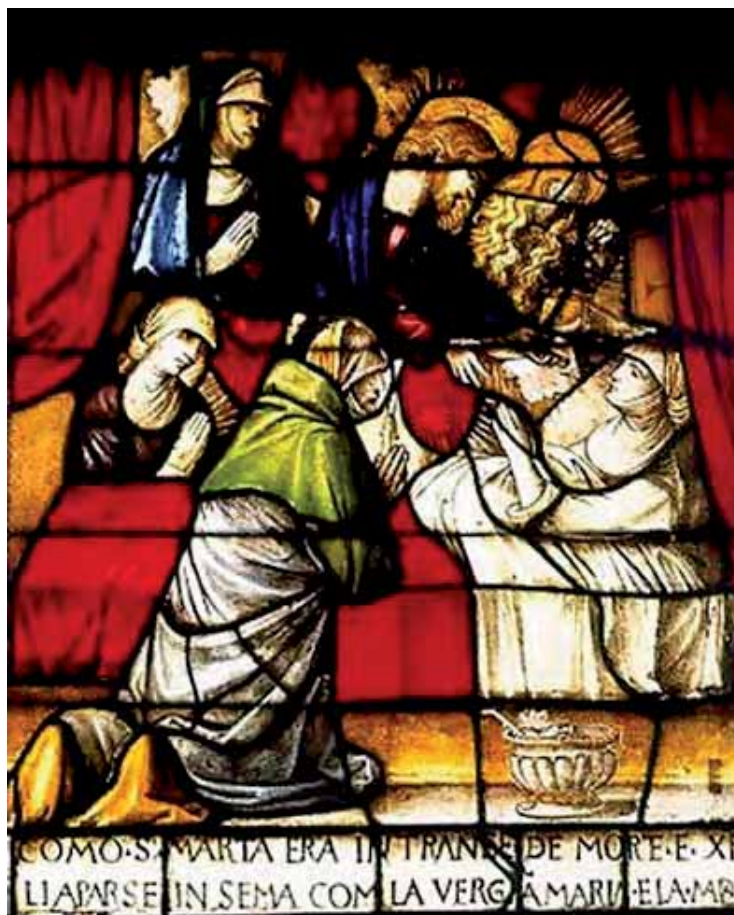
ha expresado de este modo su preocupación al respecto: “nuestra gran tarea ahora (...) es sacar nuevamente a la luz la prioridad de Dios. Hoy lo importante es que se vea de nuevo que Dios existe, que nos incumbe y que Él nos responde. Y que, a la inversa, si Dios desaparece, por más ilustradas que sean todas las demás cosas, el hombre pierde su dignidad y su auténtica humanidad, con lo cual se derrumba lo esencial. Por eso, creo yo, hoy debemos colocar, como nuevo acento, la prioridad de la pregunta sobre Dios”. (*Luz del mundo*)

Espiritualidad de la misericordia y la compasión

19.- El Evangelio está transido de misericordia desde sus primeras páginas hasta el final. Ya desde el anuncio angélico del nacimiento del Hijo de Dios se nos revela que su nombre es Jesús, y Jesús significa Dios que salva. Con toda Su Predicación y con Sus

Gestos, el hombre-Dios Cristo Jesús ha manifestado claramente que Él viene a buscar a los pecadores, los enfermos, los alejados; que nadie está excluido del Amor de Dios. Y así nos ha mostrado a Dios como Padre, invariablemente tierno y cariñoso con todos, pronto al perdón, invitando siempre a la reconciliación, haciendo fiesta por el hijo que regresa, colmándolo de abrazos y besos. La respuesta de Dios a la miseria humana, al pecado de los hombres es, pues, la misericordia y la compasión. La Iglesia debe brillar por esa misma actitud en su enseñanza y en su trato con todos los hombres y mujeres de hoy.

20.- Si la Iglesia, por vocación y por misión, ha de ser un referente moral y espiritual para los pueblos, tiene que ser consciente que muchos en este mundo no le perdonarán ningún fallo, por pequeño que sea. Y lamentablemente en los miembros de la Iglesia



BÚSQUEDA

hay fallos, y algunos no pequeños. La Iglesia está formada por seres humanos, pecadores, falibles, llenos de defectos. No es comunidad de perfectos, aunque sea al mismo tiempo el hogar donde bebemos en la Fuente de la Santidad y del Amor. No por gusto comenzamos cada Eucaristía reconociéndonos pecadores e invocando la Misericordia de Dios. Me parece importante pues que los cristianos, en nuestro modo de vivir y de hablar a todos, debamos siempre manifestarnos con humildad, con sencillez, sin prepotencias ni arrogancias, y que esa Misericordia que reclamamos para nosotros mismos, la sepamos testimoniar y compartir con todo aquel que experimenta miseria en su propia existencia.

21. Si nuestros contemporáneos lograran percibir en nosotros un dinamismo permanente y humilde de mejoramiento, de búsqueda incesante de Dios, de conformación siempre creciente con el estilo y las opciones de Jesús, de reconocimiento sincero y comprometido con nuestras infidelidades, siento que se sentirían más interpelados a ponerse en camino hacia Dios, porque nos descubrirían peregrinos humildes y no personas que han llegado a la meta, aunque la sepan cierta y se encaminen a ella.

22.- De todo lo anterior se deduciría un servicio inestimable a la comunidad humana, esto es, la posibilidad de establecer relaciones, entre personas y entre naciones, caracterizadas no por la arrogancia, el dominio o la manipulación, sino por la humildad, el respeto, la tolerancia y la misericordia. Y a la vez, estaríamos ofreciéndole al mundo las energías positivas que brotan de una dinámica del perdón, pues sin perdón -ofrecido y recibido- no hay verdadera sanación del alma de los individuos singulares ni de los pueblos.

Espiritualidad de la responsabilidad

23.- Le escuché decir a alguien una vez que después de haber construido en Nueva York la Estatua de la Libertad, nos hemos quedado esperando la estatua de la responsabilidad. El pensamiento moderno recibió del cristianismo la noción de libertad, pero terminó ensalzándola en grado sumo



y la concibió muchas veces ilimitada, creadora de valores, independiente, un absoluto. Libertad sin responsabilidad es capricho, es antojo, es divinización del yo, narcisismo camuflado.

24.- La responsabilidad significa que hemos sido constituidos hábiles, capaces para responder. Por tanto, responsabilidad es una categoría dialógica, relacional. Significa que puedo responder a unas preguntas, a unas apelaciones, a una vocación. La Iglesia debe mostrar que esas exigencias que los cristianos descubrimos en nuestra relación con Dios, también los no creyentes o no cristianos podrían descubrirlas dialogando con ellos mismos, con lo mejor de su interioridad, donde se les revelaría la naturaleza humana, qué es ser hombre o mujer, qué significa eso, qué supone para nuestra manera de vivir, de pensar, de optar, de situarnos en la vida. Al responder adecuadamente, nuestra libertad es liberada y nos hacemos más plenos y más humanos.

25.- Hay una serie de esferas donde urge revitalizar la responsabilidad humana y la Iglesia está dispuesta a ofrecer su contribución. Necesitamos vivir, por ejemplo, una relación con el trabajo, con la sociedad, con la política, con la patria, que sea responsable,

de tal manera que nuestros esfuerzos se vean orientados al bien común y no solo a la búsqueda o satisfacción de los bienes individuales. Somos responsables todos del bien de todos, del bien de la familia, de la comunidad, de la nación, de la humanidad. Por eso mismo, la Iglesia alienta siempre a los gobiernos y a los pueblos para que se garanticen los espacios para el ejercicio de la responsabilidad personal en los ámbitos económicos, políticos, sociales, educativos y de los medios de comunicación; y los considera imprescindibles para el desarrollo de la libertad del ser humano.

26.- Proponemos vivir igualmente una sexualidad responsable, plenamente humana, orientada al amor y a la vida dentro del matrimonio entre un hombre y una mujer. Necesitamos vivir la responsabilidad y el respeto por la vida, desde la concepción en el vientre materno hasta el ocaso natural de la persona. Deberíamos ser responsables en los compromisos y empeños que asumimos en la vida, en la fidelidad a la esposa o al esposo, a los hijos, a los ancianos o enfermos de la familia o del entorno, a los amigos, a la palabra

BÚSQUEDA

dada. Deberíamos ser coherentes de tal manera que nunca mostremos, aparentemos o digamos nada que no exprese real y cortésmente lo que somos, lo que pretendemos, lo que queremos: eso confiere autenticidad.

27.- Una responsabilidad ineludible en la hora presente es la que tiene que ver con la preservación de la paz y la salvaguarda del medio ambiente. Desde la familia, y también en la escuela, en las comunidades religiosas y en todas las realidades asociativas se ha de promover y cuidar una cultura de paz. La paz, que se da plenamente cuando hay justicia y respeto, es responsabilidad de todos. Por eso se han de evitar palabras, actitudes y comportamientos violentos que no contribuyen a generar un mundo más fraterno y pacífico.

28.- La Iglesia está también preocupada por los desequilibrios provocados en el clima del planeta e invita a todos, grandes y pequeños, a revertir esa situación justamente apelando a la responsabilidad que tenemos de cara al presente y al futuro de la humanidad. Unido a esta ecología exterior, del ambiente globalmente considerado, la Iglesia propone una ecología interior, del corazón, sin la cual no se daría

efectivamente la anterior, pues difícilmente brotará el respeto y el cuidado hacia los recursos del planeta cuando el corazón humano desprecia la vida y está lleno de egoísmos, ambiciones y mentiras.

Espiritualidad del diálogo

29.- El mundo en general y cada persona singular manifiestan buen nivel de madurez cuando son capaces de diálogo, de inclusión, y asumen la vida con un talante dialogante. En teoría la democracia quiere ser un modo de articular socialmente la vida de las personas donde todo el mundo pueda convivir respetándose y dirimiendo las divergencias a través del diálogo. El pluralismo cultural, religioso y político que caracteriza esta época de la historia nos pide con urgencia ser entrenados y entrenadores a su vez del diálogo. Este entrenamiento debe comenzarse en las familias, en la escuela, y encontrar amplio apoyo en las comunidades religiosas, los medios de comunicación, los distintos partidos políticos y los gobiernos en general.

30.- La Iglesia siempre apoya y apuesta por el camino del diálogo, las vías diplomáticas y no violentas como el medio más apto para resolver con-

flictos entre los Estados o entre diversos grupos dentro de una misma nación. Es conocida y apreciada en muchas partes del mundo la función mediadora de la Iglesia, gracias a la cual no pocas situaciones delicadas han podido encontrar el cauce para su solución.

31.- Para los cristianos, además, es de vital importancia el diálogo interreligioso y el diálogo ecuménico. Estas instancias dialógicas suponen una profundización por parte de los cristianos en la fe y las creencias de las grandes tradiciones religiosas de la humanidad y las diferentes confesiones cristianas. Se ha de destacar siempre que la religión, cuando se vive auténticamente, es un factor de paz, de cohesión moral, de humanización. En efecto, sería de desear un testimonio más fuerte de unidad entre todos los creyentes en Dios y todos los seguidores de Cristo, de tal manera que los demás seres humanos descubran en nosotros un respeto profundo por la dignidad y los derechos de todos los hombres, una eticidad compartida y una voluntad de servicio y de sincera cooperación con todo lo bueno y noble que surja, venga de donde venga.

Espiritualidad de la caridad

32.- Seguramente el mundo actual ha progresado mucho y más rápidamente que en el pasado. Son innegables los avances de la ciencia y de la técnica en el ámbito de la informática, la biotecnología, la medicina, la mecanización para mejorar la producción de bienes y servicios, la exploración del espacio sideral, entre otros. Nos quedamos asombrados de las posibilidades de la comunicación en lo que se ha dado en llamar *aldea global*. Pero precisamente por tanto progreso es que nos parece inconcebible y nos entristece aún más el panorama de innumerables seres humanos que pasan hambre, que no tienen techo digno, sufren enfermedades que podrían erradicarse, no cuentan con acceso a la educación ni al arte, viven lejos de su patria y su cultura y se sienten ciudadanos de segunda categoría, pues ya no aparecen ni en las estadísticas ni en nada porque los hemos



excluido de todos nuestros análisis y, lo que es peor, de nuestros corazones. Toda esta situación se ha agravado por la crisis económica mundial que desde hace años afecta en mayor o menor medida a todos los pueblos, y obviamente afecta sobre todo a los más empobrecidos.

33.- A las pobreza de siempre, las más comunes, hoy se añaden las nuevas pobreza. Estas pueden incidir también en personas o grupos que no están desprovistos de recursos económicos. Me refiero a los que experimentan profunda soledad porque son ancianos o enfermos, a los que no se saben queridos, a los que se descubren vacíos y sin sentido para vivir. En muchos ambientes se sigue marginando a la mujer, al de raza diferente, al homosexual, al que políticamente piensa distinto, al que profesa una determinada fe religiosa. Y entre muchos jóvenes, y también adultos, la plaga de la droga, el sexismo, el alcoholismo y la falta de empleo manifiestan otras pobreza con daños profundos y serios.

34.- Los cristianos debemos ser diáfanos y creativos para ejercer la caridad en los ámbitos antiguos y nuevos. Esto es intrínseco al cristianismo porque la Biblia nos dice que Dios es Amor y que no se lo ama si no se ama al hermano. La exigencia del amor al prójimo, pero especialmente al más necesitado, incumbe a la Iglesia como comunidad y a cada cristiano individualmente considerado. Aquí se juega la credibilidad del Evangelio. En su Carta para el Nuevo Milenio, ya citada, Juan Pablo II lo formuló así: “tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras”. (NMI, 50)

CONCLUSIONES

35.- Soy consciente de que, ante la propuesta que he intentado explicitar, se pueden experimentar diversas reacciones. Creo, sin embargo, que muchos no creyentes y no cristianos, quizá hasta más de los que imaginemos, podrán compartir con nosotros la sustancia de la oferta presentada. Comprendo que se puedan distanciar de los cristianos en los fundamentos últimos sobre los que asentamos esa espiritualidad y aun en la concepción sobre los medios para llevarla a la práctica. A todos les pediría dejaran la puerta abierta al diálogo y, al mismo tiempo, los invitaría amablemente a que comenzaran a convertir en obra esos rasgos de la espiritualidad cristiana que hemos querido compartir. Los frutos, que no se harán esperar, hablarán mejor que todas estas palabras.

36.- Pero lo más triste para mí sería saber que en el ámbito propio de los cristianos las propuestas de Jesús y de la Iglesia nos suenen a frases bonitas pero irrealizables, a exhortaciones utópicas que no tengan nada que ver con el mundo real. Y nos parezca que la invitación de Jesús al amor, a la misericordia, a la humildad, a la responsabilidad, no podrían cambiar nada en el mundo tan complejo en que vivimos. Se repite así en cada época de la historia la perplejidad y la confusión del Bautista, que había anunciado la venida del Juez poderoso que transformaría el mundo y ahora, oyendo que Jesús es mansedumbre y misericordia, siente que no ha cambiado mucho. Entonces manda, desde la cárcel, a que le pregunten a Jesús: “¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otros?”

37.- El pasado 12 de diciembre, el papa Benedicto XVI visitó una parroquia romana y allí comentó ese texto con improvisadas y sentidas palabras. Dijo el Santo Padre: “En los últimos dos o tres siglos muchos han preguntado: ¿Realmente eres tú o hay que cambiar el mundo de modo más radical? ¿Tú no lo haces? Y han venido muchos profetas, ideólogos y dictadores que han dicho: ¡No es él! ¡No ha cambiado el mundo! ¡Somos nosotros! Y han creado sus imperios, sus dictaduras, su totalitarismo que cambiaría

el mundo. Y lo han cambiado, pero de modo destructivo. Hoy sabemos que de esas grandes promesas no ha quedado más que un gran vacío y una gran destrucción. No eran ellos.

“Y así debemos mirar de nuevo a Cristo y preguntarle: ¿Eres tú? El Señor, con el modo silencioso que le es propio, responde: Mirad lo que he hecho. No he hecho una revolución cruenta, no he cambiado el mundo con la fuerza, sino que he encendido muchas luces que forman, a la vez, un gran camino de luz a lo largo de los milenios”. (Homilía en la parroquia de San Maximiliano Kolbe, *L'Osservatore Romano* del 19 de diciembre de 2010). Y prosiguió el Papa hablando de Maximiliano Kolbe, Damián de Veuster (el apóstol de los leprosos en Molokai) y la Beata Madre Teresa de Calcuta. En efecto, solo los santos cambian el mundo en positivo, lo hacen mejor, más humano. Ellos son como luces pequeñas, tantas veces en medio de la noche, pero lo que hace hermosa a la noche son la luna y las estrellas. Los Santos Padres hablaron de la Iglesia como de **misterium lunae**, esto es, misterio de luna, porque no tiene luz propia, sino que refleja la luz del sol, que es Cristo.

38.- Cuando ya me dispongo a concluir esta ponencia, una noticia me llena de alegría. El próximo 1º de mayo, coincidiendo con el domingo de la Divina Misericordia, el papa Benedicto XVI beatificará a Juan Pablo II, pues se ha aprobado por todas las instancias el milagro que viene a coronar el largo proceso de la beatificación. En la noche de este mundo, brillará otra estrella. Y pienso entonces que Juan Pablo II cambió el mundo que le tocó vivir, porque se tomó en serio la espiritualidad cristiana, nos mostró que era realizable, posible y sobre todo, luminosa.



BÚSQUEDA